

## Nota 5

### **Sinopsis: Cuadrado. Soberanos del mundo. Función agradable y útil.**

Otra vez no atino. Otra vez le hablo, desconocido lector mío, como si usted fuera... Bueno, pongamos por caso mi viejo camarada R-13, el poeta con labios de negro – pero ya todos lo conocen. En cambio usted está en la Luna, en Venus, en Marte, en Mercurio – ¿quién lo conoce, dónde está y quién es?

Mire: fígrese un cuadrado, un cuadrado vivo y hermoso que tiene que hablar sobre sí mismo, sobre su vida. Pues bien – lo último que se le ocurriría al cuadrado es hablar de que tiene los cuatro ángulos iguales; eso ya sencillamente no lo ve – a tal punto es para él algo habitual y cotidiano. Pues yo también estoy todo el tiempo en la posición del cuadrado. A ver, tomemos sin ir más lejos los talones rosas y todo lo que a ellos está ligado: para mí eso es la igualdad de los cuatro ángulos, pero para usted quizás sea más abstruso que el binomio de Newton.

Pues bien. Un sabio de la Antigüedad dijo una cosa muy inteligente —de casualidad, claro está—: «El amor y el hambre son los soberanos del mundo». Ergo: para dominar el mundo – el hombre debe dominar a los soberanos del mundo. Nuestros ancestros lograron conquistar a un precio muy elevado el Hambre: me refiero a la gran guerra de los Doscientos Años – la guerra entre la ciudad y el campo. Es probable que los salvajes cristianos se aferraran obstinadamente a su «pan»<sup>3</sup> movidos por prejuicios religiosos. Pero en el año 35 antes de la fundación del Estado Unido – fue inventado nuestro alimento actual a base de petróleo. Es

---

3. Esta palabra se ha conservado entre nosotros sólo como metáfora poética: la composición química de esa sustancia no la conocemos.

cierto que sólo sobrevivió el 0,2 % de la población mundial. Pero en cambio – purgada de una mugre milenaria – ¡qué radiante se volvió la faz de la tierra! Y ese 0,2 % – conoció la suprema beatitud en el seno del Estado Unido.

Porque ¿no está claro?: la beatitud y la envidia son el numerador y el denominador de la fracción llamada «felicidad». ¿Y cuál habría sido el sentido de todas esas innumerables víctimas de la guerra de los Doscientos Años si en nuestra vida, pese a todo, aún quedara motivo para la envidia? Y quedaba, puesto que aún había narices «chatas» y narices «clásicas» (nuestra conversación de entonces durante el paseo) – porque el amor de unos era anhelado por muchos, y el de otros – por nadie.

Es natural que, tras someter al Hambre (algebraicamente = la suma de los bienes externos), el Estado Unido emprendiera el ataque contra el otro soberano del mundo: el Amor. Al final ese elemento también fue vencido, es decir, organizado, matematizado, y hace unos 300 años fue proclamada nuestra histórica Lex Sexualis: «Cualquier número tiene derecho a cualquier otro como producto sexual».

Bueno, y el resto – lo hace la técnica. A uno lo estudian en detalle en los laboratorios del Buró Sexual, determinan con precisión el contenido de las hormonas sexuales en la sangre – y elaboran para uno la correspondiente Tabla de los Días Sexuales. Después uno declara que en sus días desea utilizar a tal o cual número y obtiene el correspondiente talonario (rosa). Eso es todo.

Es comprensible: motivos para la envidia – ahora no quedan, el denominador de la fracción de la felicidad ha sido reducido a cero – la fracción se transforma en una magnífica infinitud. Y aquello que para los antiguos era fuente de innumerables y estúpidas tragedias – entre nosotros ha sido reducido a una función agradable y útil del organismo, al igual que el sueño, el trabajo físico, la ingesta de alimento,

la defecación y demás. De aquí pueden ver cómo la magnánima fuerza de la lógica purifica todo lo que toca. ¡Oh, si ustedes también, desconocidos, conocieran esa fuerza divina! ¡Si ustedes también aprendieran a perseguirla hasta el final!

... Es extraño: hoy he escrito acerca de las más altas cumbres en la historia humana, todo el tiempo he respirado el más puro aire de montaña del pensamiento – pero en mi interior pareciera nublado, telarañado, y hay allí, en forma de cruz, una equis de cuatro patas. O se trata de mis patas, y me siento así sólo porque éstas han estado largo tiempo ante mis ojos – mis desgredadas patas. No me gusta hablar de ellas – y tampoco me gustan: son la huella de una época salvaje. ¿En serio en mí... – –

Quise tachar todo esto – ya que excede los límites de la sinopsis. Pero después decidí: no lo tacharé. Que mis notas, como el más preciso de los sismógrafos, den la curva incluso de las oscilaciones cerebrales más insignificantes: a veces son esas oscilaciones las que sirven de anuncio de – –

Pero esto ya es un absurdo, en efecto debía tacharlo: hemos dominado todos los elementos – no puede haber ninguna catástrofe.

Y ahora es del todo claro para mí: el extraño sentimiento interno deriva de mi propia posición de cuadrado que mencioné al principio. Y no está en mí la equis (eso no puede ser) – es simplemente que temo que alguna equis quede en ustedes, desconocidos lectores míos. Pero confío – ustedes no me juzgarán con demasiada severidad. Confío – comprenderán que escribir me resulta tan difícil como jamás ha resultado a ningún autor a lo largo de la historia de la humanidad: unos escribieron para los contemporáneos; otros, para las generaciones futuras; pero nadie jamás ha escrito para los antecesores o para seres similares a aquellos salvajes y lejanos antecesores...

## Nota 6

### Sinopsis: Casualidad. Maldito «claro». 24 horas.

Repito: me he impuesto la obligación de escribir sin ocultar nada. Por eso, por más triste que sea, debo señalar aquí que, evidentemente, incluso entre nosotros el proceso de solidificación, de cristalización de la vida aún no ha finalizado, y que hasta el ideal – aún faltan varios peldaños. El ideal (está claro) es allí donde ya nada ocurre, pero aquí... Sírvanse este ejemplo: en el *Periódico Estatal* leo hoy que dentro de dos días se celebrará en la plaza del Cubo la Fiesta de la Justicia. Eso quiere decir que otra vez algún número ha perturbado la marcha de la gran Máquina Estatal, que otra vez ha sucedido algo imprevisto, incalculado.

Y, además – algo me ha ocurrido. Es cierto que sucedió durante la Hora Personal, es decir, en ese tiempo especialmente destinado a las circunstancias imprevistas, pero, sin embargo...

A eso de las 16 (más precisamente, a las 15.50) yo estaba en casa. De pronto – el teléfono:

—¿D-503? —una voz femenina.

—Sí.

—¿Está libre?

—Sí.

—Soy yo, I-330. Ahora pasará a buscarlo e iremos a la Casa Antigua. ¿De acuerdo?

I-330... Esa I me irrita, me repele – casi me asusta. Pero justamente por eso dije: sí.

Cinco minutos después ya estábamos en el aero. La mayólica azul del cielo de mayo – y el tenue sol sobre su dorado aero – zumban a nuestras espaldas, no nos rebasan ni se rezagan. Pero allí delante blanquea cual albugo una nube absurda, rolliza – como las mejillas de un antiguo Cupido – y eso causa cierta molestia. La ventanilla delantera está

abierta, viento, se secan los labios – a la fuerza les pasas todo el tiempo la lengua y todo el tiempo piensas en ellos.

Allí se distinguen ya, a lo lejos, manchas verdes y turbias – allí, más allá del Muro. Luego un quedo e involuntario pasmo del corazón – abajo, abajo, abajo – como desde una montaña empinada – y estamos en la Casa Antigua.

Todo ese extraño, frágil y ciego edificio está revestido con una cáscara de vidrio: de lo contrario, por supuesto, ya haría mucho que se habría derrumbado. Junto a la puerta de vidrio – una viejita toda arrugada – y sobre todo la boca: sólo arrugas, pliegues, los labios ya sumidos, la boca como cubierta – y era increíble que pudiera hablar. Y sin embargo – habló.

—¿Y bien, queridos, han venido a ver mi casita? —Y las arrugas irradiaron (es decir, acaso tomaron forma de rayos, y eso dio la impresión de «irradiar»).

—Sí, abuela, otra vez nos dieron ganas —le dijo I.

Las arruguitas irradiaban:

—¿Es el sol, eh? Pero bueno, ¿qué se le va a hacer? ¡Ay, pilluela, pilluela! ¡Te conozco, te co-noz-co! Bueno, ya: vayan solos, yo mejor me quedo aquí, al sol...

Hum... Puede que mi compañera sea una asidua visitante. Quiero sacarme algo de encima – algo que molesta; quizás esa importuna imagen visual: la nube sobre la tersa mayólica azul.

Cuando subíamos por una escalera ancha y oscura, I dijo:

—La amo – a esa viejita.

—¿Por qué?

—Pues no sé. Quizás – por su boca. Quizás – por nada. Porque sí.

Me encogí de hombros. Ella continuó – con ligera sonrisa, o puede que no sonriera en absoluto:

—Me siento muy culpable. Es claro que no puede haber «amor-porque-sí», sino «amor-por-algo». Todos los elementos deben...

—Claro... —comencé yo, pero enseguida me corté al decir esa palabra y lancé una mirada furtiva a I: ¿lo habría notado o no?

Ella miraba hacia abajo; los párpados caídos – como cortinas.

Recordé: por la noche, a eso de las 22, paseas por la avenida y, en medio de las celdas transparentes y bien iluminadas, algunas oscuras, con las cortinas bajas, y allí, tras las cortinas – ¿Qué hace allí ella, tras las cortinas? ¿Por qué me ha llamado hoy y para qué es todo esto?

Abrí una puerta pesada, crujiente, opaca – y aparecimos en un lugar sombrío, desordenado (ellos le daban el nombre de «apartamento»). El mismo extraño instrumento musical «de cola» – y la misma melodía de entonces, salvaje, desorganizada, demencial – un abigarramiento de colores y formas. Una superficie blanca – arriba; paredes azul oscuro; encuadernaciones rojas, verdes, naranjas, de libros antiguos; bronce amarillo – candelabros, estatua de Buda; líneas de muebles crispadas por la epilepsia, irreductibles a cualquier ecuación.

A duras penas soportaba ese caos. Pero mi compañera, por lo visto, tenía un organismo más resistente.

—Éste es mi preferido... —Y de pronto pareció caer en la cuenta: sonrisa-mordiscón, dientes blancos y filosos—. Mejor dicho, el más absurdo de todos sus «apartamentos».

—O para ser más exactos, de los Estados —enmendé yo—. Miles de Estados microscópicos en eterna lucha, despiadados como...

—Pues sí, claro... —dijo por lo visto muy seria I.

Atravesamos una habitación en la que había camas pequeñas, para niños (los niños en aquella época también eran propiedad privada). Y de nuevo – habitaciones, centelleo de espejos, lúgubres armarios, divanes insufriblemente abigarrados, inmensas «chimeneas», una cama grande de

caoba. Nuestro vidrio actual —bello, transparente, eterno— sólo aparecía en forma de cuadraditos-ventanas frágiles y lamentables.

—Y pensar que aquí «amaban-porque-sí», se acaloraban, sufrían... (otra vez la cortina caída de los párpados) ¡Qué derroche absurdo de energía humana! ¿Verdad?

Ella hablaba como desde mi interior, decía mis pensamientos. Pero en su sonrisa permanecía todo el tiempo esa equis irritante. Allí, tras las cortinas, en ella ocurría algo —no sé qué— que me sacaba de quicio; quería discutir con ella, gritarle (eso es), pero debía avenirme —era imposible no avenirme.

Nos detuvimos ante un espejo. En ese momento —vi sólo sus ojos. Se me ocurrió una idea: el hombre está organizado de un modo tan salvaje como esos absurdos «departamentos» —las cabezas humanas son opacas y sólo cuentan con unas diminutas ventanas: los ojos—. Ella pareció adivinar —se volvió. «Bien, estos son mis ojos. ¿Y qué?» (Todo en silencio, por supuesto).

Ante mí —dos ventanas ominosamente oscuras, y dentro una vida tan desconocida, tan ajena. Sólo vi fuego —arde allí una peculiar «chimenea»— y unas figuras semejantes a...

Eso, por supuesto, era natural: me veía allí reflejado. Pero eso era antinatural y diferente a mí (a todas luces, era el efecto abrumador del ambiente) —sentí un miedo cabal, me sentí atrapado, encerrado en esa celda salvaje, arrastrado por el salvaje torbellino de la vida antigua.

—¿Sabe qué? —dijo I—, vaya por un momento a la habitación contigua —su voz la oía desde allí, desde dentro, de detrás de las oscuras ventanas-ojos, donde ardía la chimenea.

Salí, me senté. Desde un estante en la pared, directo a la cara, me lanzaba una sonrisa apenas perceptible la fisono-

mía asimétrica y de nariz chata de un poeta antiguo (creo que era Pushkin). ¿Por qué estoy sentado aquí – soportando sumiso esa sonrisa? ¿Y para qué es todo esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿A qué responde este absurdo estado? Esta mujer irritante, repelente, este juego extraño...

Allí – sonó la puerta del armario, se oyó el roce de la seda y a duras penas me contuve para no ir allí y – no me acuerdo con exactitud: quizás quería decirle cosas muy bruscas.

Pero ya venía hacia mí. Llevaba un vestido corto, antiguo, de un amarillo intenso; sombrero negro y medias negras. El vestido era de fina seda – yo lo veía todo muy claro: medias muy largas, muy por encima de las rodillas – y el cuello abierto, sombra entre...

—Escuche, está claro que usted quiere hacerse la original, pero ¿en verdad...?

—Está claro —interrumpió I—, ser original significa algo así como destacarse del resto. Por lo tanto, ser original es alterar la igualdad... Y lo que en la idiota lengua de los antiguos se llamaba «ser banal» entre nosotros significa: no cumplir sino el deber. Porque...

—¡Sí, sí, sí! Exacto —no me contuve—. Es inútil que lo diga, es inútil...

Se acercó a la estatua del poeta de chata nariz y, cubriendo con la cortina el salvaje fuego de sus ojos —allí dentro, tras las ventanas—, dijo, al parecer con toda seriedad (quizás para ablandarme) – dijo una cosa muy sensata:

—¿No le parece asombroso que en otra época la gente soportara a tipos como éste? Y no sólo los soportaban: los veneraban. ¿Qué espíritu servil! ¿No es cierto?

—Claro... Es decir, yo quería... (¡Ese maldito «claro»!)

—Pues sí, comprendo. Pero, en realidad, estos eran soberanos más fuertes que los que llevaban corona. ¿Por qué no los aislarían o aniquilarían? Nosotros...

—Sí, nosotros... —comencé.

Y de pronto ella – se echó a reír. Yo sencillamente veía con



los ojos esa risa: sonora, abrupta, elástica y flexible como un látigo; veía la curva de esa risa.

Recuerdo – temblaba todo. Ya sé – mejor la agarro – no recuerdo qué quería... Tenía que hacer algo, no importaba qué. Abrí maquinalmente mi chapa dorada y miré la hora. 16.50.

—¿No le parece que ya es hora? —dije con toda la cortesía que pude.

—¿Y si le pidiera que se quedara aquí conmigo?

—Escuche: ¿usted... usted se da cuenta de lo que dice? Dentro de diez minutos debo estar en el auditorio...

—... Y todos los números deben asistir al curso establecido de arte y ciencias... —dijo I con mi voz. Después abrió la cortina – levantó los ojos: a través de las oscuras ventanas ardía la chimenea—. En el Buró Médico tengo un doctor registrado para mí. Si se lo pido – le dará un certificado de enfermedad. ¿Qué dice?

Comprendí. Al fin comprendí adónde llevaba todo ese juego.

—¡Vaya cosa! ¿Sabe usted que, como cualquier número honrado, yo, en rigor, debería dirigirme ya mismo al Buró de Guardianes y...?

—¿Y no «en rigor»? (filosa sonrisa-mordiscón). Me da terrible curiosidad: ¿irá al Buró o no irá?

—¿Usted se queda? —Tomé el pomo de la puerta. El pomo era de cobre – y oí: igual de cobriza era mi voz.

—Un minutito... ¿Es posible?

Se acercó al teléfono. Mencionó cierto número —yo estaba tan agitado que no lo memoricé— y gritó:

—Lo esperaré en la Casa Antigua. Sí, sí, sola...

Giré el frío pomo de cobre:

—¿Me permite usar su aero?

—¡Oh, sí, desde luego! Por favor...

Allí, al sol, junto a la salida – como una planta, dormitaba

la viejita. Otra vez fue asombroso que su boca completamente cubierta se abriera y que ella dijera:

—¿Y su amiga qué, se ha quedado sola allí?

—Sí.

La boca de la viejita se volvió a cubrir. La viejita meneó la cabeza. Por lo visto, hasta su debilitado cerebro comprendía cuánto de absurdo y peligroso había en el comportamiento de aquella mujer.

A las 17 en punto estaba en la clase. Y de pronto, por algún motivo, me di cuenta de que le había mentido a la viejita: ¡ahora no estaba sola allí. Quizás fuera justamente eso —el haber engañado sin querer a la viejita— lo que me atormentaba y me impedía escuchar. Sí, no estaba sola: ése era el asunto.

Después de las 21.30 – tuve una hora libre. Podría haber ido hoy mismo al Buró de Guardianes y hacer la denuncia. Pero después de aquella estúpida historia estaba muy cansado. Y además – el plazo legal para hacer la denuncia es de dos días. Mañana estaré a tiempo: tengo 24 horas.

## Nota 7

### **Sinopsis: Pestañita. Taylor. Beleño y lirio de los valles**

Noche. Verde, naranja, azul; rojo caoba de instrumento de cola; vestido amarillo como una naranja. Después – un Buda de cobre; de pronto levantó los cobrizos párpados – y se derramó jugo: de Buda. Y del vestido amarillo – jugo, y sobre el espejo gotas de jugo, y gotea la cama grande, y las camitas para niños, y ahora yo mismo – y un horror dulce y mortal...

Desperté: una luz moderada, azulada; brilla el vidrio de las paredes, los sillones y la mesa de vidrio. Eso tranquilizó, el corazón dejó de palpar. Jugo, Buda... ¿qué absurdo es